

Traducción de la introducción
y los capítulos 1-4: Alfredo Grieco y Bavio

Traducción de los capítulos 5-12: Guillermo David

Loris Zanatta

Historia de América Latina

De la Colonia al siglo XXI



4. La era liberal

En las últimas décadas del siglo XIX, en América Latina se crearon las condiciones para una profunda transformación política, económica, social y cultural que no sólo dio pruebas de la integración a los grandes procesos de modernización incitados en Europa por la Revolución Industrial y por los progresos del constitucionalismo liberal, sino que también profundizó las brechas entre las diferentes vías nacionales transitadas por cada país. En líneas generales, la transformación consistió en el inicio de un largo período durante el cual se consolidaron las estructuras de los estados-nación y se atenuó el caudillismo; se produjo el *boom* de la economía de exportación de materias primas hacia los mercados europeos; los ferrocarriles comenzaron a surcar los inmensos espacios latinoamericanos, favoreciendo la movilidad territorial y social; y millones de inmigrantes europeos llegaron a las costas latinoamericanas revolucionando la composición demográfica de algunos países. En los regímenes liberales que se establecieron en varios países se produjo una momentánea tregua en la antigua disputa entre las ideologías irreconciliables de liberales y conservadores. Sin embargo, los efectos de la agitada modernización promovida por esos mismos regímenes no tardaron en generar reacciones que los pusieron en crisis.

El nacimiento del estado moderno

Tanto si se prefiere colocar el acento sobre los factores sociales y económicos o bien enfatizar los de carácter más ideológico o cultural, todo hace pensar que los elementos que habían causado inestabilidad política y estancación económica en las primeras décadas posteriores a la independencia comenzaron a atenuarse en la segunda mitad de la

centuria y, en algunos casos, directamente desaparecieron hacia fines de siglo. Este fue el preludio de las profundas conmociones que atravesaron todo el período comprendido entre la década de 1870 y la Primera Guerra Mundial, porque allí donde la economía se hallaba en un estado de estancación se inició un largo período de crecimiento, y donde dominaban los caudillos comenzó a ganar vigencia la estabilidad, y a surgir y consolidarse las modernas estructuras del estado-nación. ¿Qué ocurrió exactamente y cómo se desarrollaron estos procesos?

Antes de dar respuesta a estas preguntas clave, resulta necesario realizar una advertencia: si ya antes las vías transitadas por cada uno de los nuevos estados latinoamericanos se habían ido separando, en las décadas a caballo entre los siglos XIX y XX se apartaron con una velocidad aún mayor a medida que toda la región ingresó en un radical proceso de modernización, del cual ningún país quedó excluido. Dicho proceso tuvo, sin embargo, intensidades tan diversas de un lugar a otro que, pocos decenios después de su inicio, las distancias entre los distintos hijos de los imperios ibéricos se tornaron abismales, tanto en términos de crecimiento y desarrollo económicos como de consolidación política, de riqueza y dinamismo culturales. Así, algunos países quedaron a la cabeza —la Argentina el primero de todos, y México, Brasil y Chile inmediatamente después— y muchos otros, en especial en el área andina (incluidos Colombia y Venezuela) y en América Central, quedaron por detrás, presos aún de la violencia y el caudillismo.

¿Qué ocurrió, entonces? En términos generales, por primera vez los gobiernos se vieron en situación de imponer la ley sobre el territorio nacional entero o sobre buena parte de este, al menos en los países más ricos y poderosos, los cuales pudieron garantizar la unidad política, es decir, unificar la soberanía y obligar a la obediencia tanto a caudillos como a territorios rebeldes. En este sentido, por primera vez en América Latina cobraron forma estados modernos, con las funciones que les son típicas, empezando por el ejercicio del monopolio legal de la violencia, que adquirieron imponiéndose a los ejércitos privados y locales, o a través de la profesionalización de los ejércitos nacionales con el auxilio de las misiones militares alemanas y francesas. A ello siguió la creación de una administración fiscal, judicial y escolar nacional, premisas necesarias para recaudar impuestos, impartir justicia, formar ciudadanos y construir la nación a través de las escuelas. Las constituciones se volvieron entonces más duraderas y eficaces, y el horizonte de la acción pública se amplió de un modo antes impensable, gracias también al *boom* de la prensa y de los ferrocarriles, que reducían las distancias

entre lugares, personas y costumbres. En este sentido, lo que ocurrió en América Latina no fue tan distinto de lo que tuvo lugar en el resto de Occidente, aunque con sus peculiaridades.

No obstante, la pregunta que se impone es por qué empezó a producirse en esos años aquello que antes había sido imposible... En principio, tanto la Revolución Industrial europea como la revolución tecnológica instalaron las condiciones para que América Latina se integrara a la economía mundial pronto y a fondo, con lo cual el comercio y las inversiones aumentaron, y con ellos, los ingresos de los estados, que contaron con los recursos para consolidar su propia autoridad. En segundo término —aunque no menos importante—, tuvo lugar un implícito compromiso entre liberales y conservadores (y sus respectivas concesiones políticas y sociales) basado en el común interés por el orden social, la estabilidad política y el progreso económico. Así, entre los grandes sueños liberales de transformación social y el viejo orden corporativo finalmente se alcanzó un pacto.



State-building y Nation-building

Construir el estado no fue en América Latina —como en ninguna región— un proceso breve y sencillo, sino, antes bien, largo y erizado de obstáculos. Lo mismo vale para la construcción de la nación, es decir, para ese delicado proceso de orden pedagógico y cultural a través del cual la población de un determinado territorio llega a sentirse e imaginarse como parte de una misma comunidad. A este propósito, la heterogeneidad étnica y la fragmentación social y territorial resultaron barreras muchas veces insuperables.

El primer e ineludible paso cumplido por gran parte de los estados interesados en sentar sus bases y puntos de partida fue conocer el propio territorio y su población. Para las elites que tomaron en sus manos las riendas del poder, resultaba claro que sin ese conocimiento no había ley que pudieran adoptar para crear la nación. Fue entonces que, en varios países, se realizaron los primeros censos nacionales y floreció la avidez estadística por cuantificar, medir, catalogar a la población y los bienes naturales comprendidos entre los confines de la nación, premisas de leyes científicamente fundadas y, por lo tanto, más racionales. A este cambio quedó enlaza la educación pública y, más tarde, el envío hacia las zonas más remotas de cada país de un gran número de formularios públicos encargados de censar a los habitantes, armar padrones

electorales o dar fe de los datos del registro civil y otras actividades similares. Con mayor o menor éxito según los casos, y con mayores dificultades en los países más heterogéneos, empezó a configurarse una arena pública nacional que tendió a atenuar el peso de los localismos e incluso a horadar la impermeabilidad de las barreras étnicas y sociales. Tanto en la progresiva unificación del espacio nacional como en la concreta ocupación del territorio, en muchos casos los militares desempeñaron funciones clave, que por ello mismo asumieron un espíritu de cuerpo y una imagen de sí mismos y de su propio papel que en el futuro estaban destinados a tener una importante gravitación sobre los destinos políticos de la región. Así como en la administración de la justicia y en la tutela de los derechos constitucionales fue decisivo el papel del poder judicial tanto a nivel central como local. Por entonces, en muchos países se sancionaron nuevos códigos civiles y penales, y la magistratura se volvió un cuerpo más autónomo y profesional. ▀

El modelo primario exportador

Desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, una ola de globalización envolvió con fuerza a América Latina. Impulsado por la revolución comercial e industrial, y hecho posible en dimensiones antes impensables por las innovaciones tecnológicas —en especial por la navegación a vapor en el océano Atlántico y por los ferrocarriles—, aquel fenómeno tuvo consecuencias enormes en las naciones latinoamericanas. Sobre esas naves y trenes viajaron mercancías a precios más bajos, en tiempos más rápidos y en condiciones de mayor seguridad, a tal punto que el comercio alcanzó ritmos constantes y potentes, y los capitales llegaron en abundancia. En aquellos nuevos vehículos marítimos y terrestres transitaban también millones de hombres, que dejaron Europa por América. Con ellos arribaron historias, culturas, costumbres, ideas, ideologías, tradiciones que enriquecieron y volvieron aún más compleja la ya intrincada trama social latinoamericana. En pocas palabras, fue como si las olas levantadas por los extraordinarios cambios producidos en Europa llegaran a las orillas del Nuevo Mundo, arrastrándolo consigo hacia la modernidad que Occidente estaba creando. América Latina se encaminó desde entonces hacia un turbulento proceso de transformaciones económicas, causa de cambios sociales radicales, que pronto hicieron sentir su efecto sobre la política, la cultura, la religión, las costumbres...



Inmigrantes en el puerto de Buenos Aires. Archivo del Museo Nacional de Inmigrantes.

¿Cómo se produjo la integración de América Latina al Occidente moderno, el de la Revolución Industrial, que había encontrado su guía en Gran Bretaña; a ese Occidente empapado de ética protestante y espíritu capitalista que lo volvía tan distinto del Occidente hispánico del que esta América siempre había sido parte? En términos económicos, se integró como la periferia de ese arremolinado centro, del cual era necesario complemento, a tal punto que el nexo que se creó entre ambos ha sido definido muchas veces como un pacto neocolonial. Eje de dicho nexo fue el modelo económico primario exportador, basado en el libre comercio, en el que América Latina se especializó en la exportación de materias primas hacia Europa —minerales para la industria y agropecuarias—. En sentido contrario, viajaron hacia América las manufacturas europeas, en especial británicas; al mismo tiempo, arribaron capitales europeos y norteamericanos, necesarios para crear las infraestructuras sin las cuales la corriente vigorosa del intercambio atlántico pronto se habría secado. Se trataba de capitales destinados a proyectos que implicaban excavar puertos de agua profunda, tender miles de kilómetros de vías férreas, sentar las bases de un moderno sistema crediticio, realizar túneles en los lugares más inhóspitos, explotar las minas, y otros emprendimientos similares. En síntesis, los capitales fueron el lubricante y el carburante de aquel modelo y, por lo general, obtuvieron ganancias gigantescas.

Como todas las grandes transformaciones, también esta tuvo sus luces y sombras, lo que explica que el juicio de los historiadores esté di-

vidido al respecto y que aún hoy sea fuente de encendidas polémicas. Hay quienes ven allí el emblema de un nuevo y letal dominio colonial, que distorsionó y volvió estructuralmente dependiente a la economía local, sometiéndola a las potencias del extranjero. Otros, en cambio, perciben el inicio de una prometedora modernización que, aunque atravesada por fragilidades, le permitió a América Latina salir de una producción encallada en el autoconsumo, y sostener y consolidar el orden constitucional liberal.

A modo de síntesis, puede afirmarse que, por un lado, América Latina vivió entonces una impetuosa fase de crecimiento económico que trajo consigo el *boom* del comercio, la creación de infraestructuras vitales, la incorporación a la agricultura de nuevas y muy extensas tierras fértiles en las inmensas fronteras interiores, el inicio de la urbanización y la expansión de las ciudades: todas premisas de la consolidación institucional y económica de los nuevos estados y de la erosión de los lazos sociales premodernos, típicos del mundo rural. Por otro lado, ese tipo de crecimiento fue también causa de distorsiones y vulnerabilidades: como las economías fueron inducidas a especializarse en la producción de los bienes requeridos por el mercado mundial, (en general no más de uno o dos por país), cada economía nacional se volvió dependiente de la fortuna de esos pocos bienes, lo cual incentivó la concentración de la riqueza y de la propiedad de la tierra, y agudizó aún más las ya profundas fragmentaciones sociales. Por último, las bruscas oscilaciones de los precios de dichos bienes con frecuencia hicieron temblar a los dependientes presupuestos nacionales.



La divisoria de aguas económica

Nada como los números desnudos puede dar la medida de la divisoria de aguas que los treinta o cuarenta años del período que transcurre entre los siglos XIX y XX representaron al separar la antigua América Latina de la moderna. Nada como algunos datos dispersos puede dar la idea de cuán diverso fue entre un país y otro el peso de las transformaciones ocurridas entonces. Finalmente, nada como algunas cifras clave da la proporción de la intensidad del vínculo de América Latina con las mayores potencias europeas y con los Estados Unidos. A este respecto, el caso de la Argentina fue único y no conoce parangón. Tanto en sí mismo —porque ningún otro país se integró tanto con la economía internacional ni fue tan revolucionado por sus efectos— como por la importancia especialísima

que asumió como proveedora de carne y grano para la gran potencia mundial de la época, Gran Bretaña, de cuyo imperio informal la Argentina fue parte fundamental. Baste con decir que el millón y medio de libras esterlinas que las islas británicas importaban en 1860 se había transformado en casi 41 millones en vísperas de la Primera Guerra Mundial; que los 730 kilómetros de vías férreas tendidas en 1870 superaron la marca de 33 000 kilómetros cuarenta años después; que la superficie cultivada, que en 1888 sumaba cerca de 2,5 millones de hectáreas, en 1914 se había multiplicado por diez, llegando a 24 millones.

Pero si el caso argentino fue único y extremo en algunos aspectos, no menos impresionantes son los números para los restantes países, en especial los más grandes y atractivos para la economía mundial. El crecimiento de los ferrocarriles en México fue, por ejemplo, igualmente impresionante, dado que en 1910 superaba los 19 000 kilómetros, algo nada desdeñable en un país con una geografía tan enrevesada, donde las vías férreas favorecieron, entre otras cosas, el nacimiento de un auténtico mercado nacional, cuya vigencia impulsó el gran crecimiento económico de la década y media que transcurre entre los siglos XIX y XX, cuando el PBI mexicano creció más del 50%. Si la Argentina enlazó su economía con los capitales británicos, México se vinculó con los de los vecinos Estados Unidos, que pronto monopolizaron la industria minera.



Locomotora de los ferrocarriles mexicanos, en el trayecto que une Ciudad de México y el puerto de Veracruz, entre 1873 y 1925.

Relatos semejantes pueden construirse en casi todos los otros países, cada uno con sus peculiaridades. Empezando por Brasil, donde el *boom* exportador se debió al café y se concentró en los estados de San Pablo y Minas Gerais. Las inversiones británicas y norteamericanas crecieron allí con prisa y más que nunca antes, y se multiplicaron por siete entre 1880 y la gran crisis de 1929. El resultado fue que el área cultivada se elevó

en forma exponencial y Brasil terminó por dominar el mercado mundial del café, del que hacia 1929 poseía cerca de los dos tercios de todos los cultivos existentes. Como el café también proporcionaba las tres cuartas partes de las ganancias producidas por las exportaciones, se comprende que la entera economía nacional dependiera de los ciclos de sus precios. Esta exposición panorámica podría continuar de un punto a otro del continente: desde el Perú, donde la llegada hasta los Andes de los ferrocarriles dio nuevo impulso a la vocación minera del país, pero donde la explotación de cobre, zinc y plomo —dados los ingentes capitales y las modernas tecnologías que requería— acabó por quedar bajo el control de las grandes empresas norteamericanas; hasta Bolivia, donde al nuevo *boom* de la plata sucedió el del estaño y donde la elite local que controlaba la producción se asentó en el vértice de la escala social del país, que vivió entonces un período de relativa estabilidad. Desde Chile, cuyas exportaciones aumentaron y llegaron a depender en un 80% de los productos de sus empresas mineras, en primer lugar del nitrato, dada la elevada demanda de fertilizantes en el mercado europeo, seguido por el cobre, del que se volvió primer productor mundial; hasta Ecuador, donde las exportaciones de cacao crecieron cuatro veces entre un siglo y otro, pasando por Venezuela y Colombia, donde el detonador de las transformaciones económicas fue el despegue de las exportaciones de café. Cabe agregar, además, que el café y otros productos típicos de las áreas subtropicales, como cacao, azúcar de caña y bananas —en cuya producción ingresaron no sin prepotencia las grandes empresas norteamericanas—, estuvieron en la base del *boom* de las exportaciones en América Central y en el Caribe, así como del poder de las elites políticas, que en muchos casos lograron imponer su dominio. ▀

Una sociedad en transformación

Tanto los efectos de la modernización económica como los cambios sociales que suscitaron tuvieron profundidad diversa de país a país o de región en región; extensos y veloces en los que más se integraron a la economía mundial, y más limitados en los que lo hicieron en forma más tardía o lenta, es decir, en países como Colombia y Venezuela, y en vastas áreas de las repúblicas andinas y centroamericanas. Más allá de ajustes y ritmos diferentes, el modelo económico fue análogo en todas partes, y lo mismo puede decirse respecto de las transformaciones que generó en la vida social. Así, las naciones de América Latina entraron

en una larga y con frecuencia agitada época de modernización social, que se intensificaría en el curso del siglo XX.

Esto implicó la brusca aceleración de algunos fenómenos destacables: ante todo, el crecimiento demográfico, en ciertos casos debido a la inmigración europea, pero en realidad extendida a la región entera, incluso a los países donde fue fruto del incremento natural de la población; la urbanización, particularmente intensa en la Argentina, Chile y Venezuela, que afectó a una o pocas ciudades erigidas en nudos clave del enlace con el mundo exterior, las cuales —como Ciudad de México o Buenos Aires— pasaron, en pocos años, de ser una gran aldea a devenir vibrantes metrópolis. A ello se sumó la escolarización, al menos en los centros urbanos y donde el estado más avanzó en su proyecto de crear sistemas educativos nacionales; la tercerización, por la proliferación de nuevas profesiones, tanto en el ámbito público como en el privado, vinculadas a las necesidades de una economía y una sociedad más articuladas; por último, una incipiente industrialización, al menos en países como Brasil, México o la Argentina, donde las elites dirigieron hacia la industria los capitales acumulados, y en aquellos donde el crecimiento de la producción minera indujo a la conformación de importantes centros industriales.

En síntesis, las sociedades de América Latina comenzaron a diferenciarse y se volvieron más complejas, aunque en todas sobrevivió la sociedad tradicional, en especial en las regiones que permanecieron ajenas o menos afectadas por la apertura al mundo exterior y al mercado mundial. Si en un comienzo se habían visto polarizadas hacia los extremos de la escala social, con una limitada elite criolla en la cima de la pirámide y una indistinta masa rural en su base (autóctona o mestiza), ahora esto empezaba a cambiar, en especial donde la inmigración masiva revolucionó las jerarquías sociales tradicionales. El largo y sostenido crecimiento de la economía ofreció nuevas oportunidades y estimuló la movilidad social y el nacimiento de nuevos estratos sociales, aunque no extirpó las profundas raíces de vastos sectores sociales premodernos, puesto que la movilidad social quedó a menudo imbricada en las barreras étnicas y culturales.

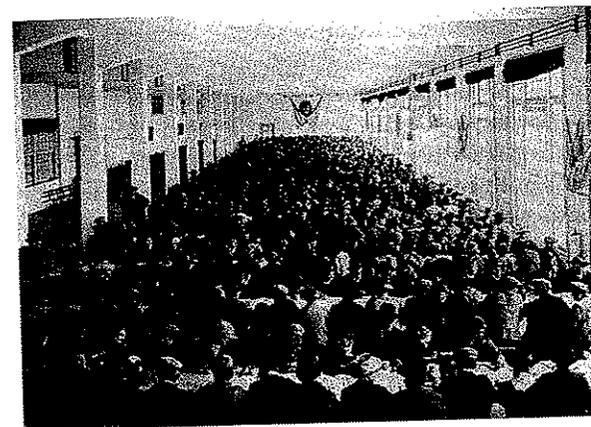
Aun con estos límites, los cambios fueron profundos, precursores de otros aún mayores. Se transformaron las elites, dado que al flanco de las más tradicionales, animadas de espíritu aristocrático, surgieron otras nuevas, más atraídas por los valores burgueses. No obstante, estas también se hallaron —como las elites anteriores— vinculadas a la propiedad de la tierra, de la que en esta época se produjo, en general,

una enorme concentración, no entendida ya como mera fuente de estatus social, sino como fuente de progreso y riqueza, cuando no base de incursiones, para sus dueños, en el comercio, las finanzas y la industria. Cambiaron los estratos populares, en especial en los centros urbanos, o en sectores como los ferrocarriles y los transportes en general, las plantaciones y las empresas mineras, donde con frecuencia surgieron sólidos y combativos núcleos proletarios, sobre los cuales cayeron las primeras represiones violentas; también tuvieron lugar transformaciones en parte de las áreas rurales, al menos donde declinó la vieja hacienda y el trabajo se volvió más libre, es decir, sujeto al mercado y a sus intemperies. Asimismo, crecieron las capas medias de la sociedad, con frecuencia conformadas por mestizos o por migrantes, diferenciadas y distribuidas en oficios, empleos y profesiones que iban desde el comercio y la administración pública hasta los bancos, la escuela y el ejército. Capas medias muchas veces próximas al proletariado urbano —por sus ingresos y sus condiciones de vida—, pero formadas también, en número creciente, por profesionales e intelectuales deseosos de afirmación, prestigio e influencia, bien dispuestos a moverse en la arena política.

La gran ola migratoria

Las grandes migraciones mundiales que desde mediados del siglo XIX hasta la crisis de 1929 transformaron gran parte de mundo, diseminando millones de hombres y mujeres provenientes de casi cada paraje de Europa, produjeron en algunos países efectos revolucionarios, dado que conmovieron el perfil demográfico, económico y cultural. En la era liberal, aunque en distinta medida, todos los estados latinoamericanos buscaron atraer inmigrantes, exhibiendo razones económicas, enfatizando que el arribo de migrantes de las zonas más desarrolladas del planeta incentivaría el progreso técnico y productivo; aduciendo motivos culturales más elaborados, en particular la idea de que los fustazos de ética capitalista que los inmigrantes tendrían a su cargo proporcionar habrían sacudido las bases de la tradicional indolencia latinoamericana. También acudieron al típico arsenal racista tan caro a muchos positivistas y científicos de la época, según el cual la heterogeneidad étnica representaba en América Latina un lastre para el progreso, y para la cual una copiosa inyección de sangre blanca que iniciase un virtuoso proceso de "blanqueo" de la población habría aportado un saludable rejuvenecimiento. Sean las que

fueren las razones para favorecer la inmigración, esta se dirigió de modo masivo sólo hacia algunas zonas, evitando aquellas donde vivía una numerosa población campesina indígena o donde todavía existía una tradición de trabajo esclavo.



Inmigrantes en el comedor del Hotel de Inmigrantes, Buenos Aires, *circa* 1910. Archivo del Museo Nacional de Inmigrantes.

En este sentido, resultaron típicos los casos de México y Perú, donde, aunque los inmigrantes ejercieran una influencia económica notable, ya que se trataba, en su mayoría, de empresarios y comerciantes franceses y españoles, su número fue exiguo. En cambio, los grandes flujos migratorios se dirigieron hacia las zonas del hemisferio austral, donde el clima era templado y se abrían amplias perspectivas de oportunidades de mejoras económicas y sociales, dada la desproporción entre los inmensos espacios existentes y la escasa población. La Argentina y Uruguay, entonces, y luego el Brasil meridional y en parte también Chile, fueron los países que se vieron más revolucionados con la recepción masiva de migrantes europeos. En primer lugar la Argentina, donde, según algunas estimaciones, entre 1857 y 1930 ingresaron hasta 6 millones de migrantes, en su mayor parte italianos y españoles, más de la mitad de los cuales (unos 3,3 millones de individuos) se instaló allí y echó raíces. Fue así como un país que a mediados del siglo XIX contaba apenas con un millón de habitantes, en 1930, y en buena medida gracias a la migración, contaba ya con 11 millones. Uruguay vivió una transformación análoga a la Argentina, aunque en mucha menor proporción, dada su extensión. En tanto, la política migratoria de

Brasil estuvo dirigida a alterar el perfil étnico de la población, en gran parte negra o mulata, y a reemplazar el trabajo esclavo con el de europeos asalariados. En buena medida, consiguió sus objetivos, atrayendo una enorme cantidad de italianos y portugueses, los cuales tendieron a concentrarse en el área de más rápido crecimiento: San Pablo. ▀

La ilusión de las oligarquías

Los regímenes políticos de la era liberal eran denominados "oligárquicos", concepto a la vez correcto y engañoso. Es correcto en el sentido de que se trataba de regímenes políticos donde la participación estaba limitada y donde el poder político y el económico, concentrados en una elite restringida, tendían a superponerse. Además, de este modo se alude al hecho de que, más allá de la pertenencia a un partido u otro, los miembros de la elite constituían una oligarquía social, casi siempre blanca y culta, en la cima de una sociedad fragmentada sobre bases étnicas. En cambio, es engañoso si no se tiene en cuenta que así era la política en Occidente antes del advenimiento de la sociedad de masas: una actividad desarrollada por personajes notables y prósperos; y que la violencia, la corrupción y los fraudes que solían caracterizar a las elecciones en América Latina eran por entonces fenómenos comunes en Europa. Resulta aún más engañoso si no se advierten los cambios en curso en estas décadas a medida que la economía, la sociedad y la cultura se transformaban, en especial, una clara tendencia a la ampliación de la esfera pública, a la liberalización del debate político, a la expansión del sufragio y a competencias políticas más virulentas que en el pasado, al menos en las áreas urbanas.

Dicho esto, es preciso añadir que, con todas sus diferencias —a veces enormes—, los regímenes de la época fueron modernizadores en el campo económico pero conservadores en el político, ya que procuraron mantener el monopolio del poder hasta el punto de convertir con frecuencia a las constituciones en pactos entre oligarquías y a las elecciones en ficciones democráticas, donde legitimar órdenes políticos poco o nada representativos de los diversos estratos sociales. Se trataba, en verdad, de pactos entre las mismas elites que se habían combatido entre sí en los tiempos del caudillismo y que ahora encontraban en las oportunidades económicas y en el común interés por la estabilidad política y la paz social un sólido punto de encuentro.

Se producía así una convergencia entre liberales y conservadores, y entre sus imaginarios políticos y sociales, el más racionalista e individualista de los primeros, y el más religioso y organicista de los segundos. Una concordancia de la cual fue emblema la ideología de estos regímenes: el positivismo (cuyas palabras clave están todavía inscritas en la bandera brasileña, "Orden y Progreso"), que desde México hasta la Argentina, pasando por el istmo centroamericano y las naciones andinas, se expresó en la invocación de Paz y Administración. En efecto, el positivismo se prestó a conjugar las dos tradiciones políticas y filosóficas que hasta entonces habían intentado suprimirse y anularse recíprocamente. Si es cierto que los positivistas eran cultores de la razón y el progreso, y por lo tanto distantes de la primacía del espíritu y la fe cara a los conservadores, ambos concebían la sociedad como un organismo natural. El organicismo cientificista encontró así un sólido punto de contacto con el católico.

De la sociedad entendida como un organismo, los primeros encomiaban el conocimiento de las leyes científicas que lo animaban, y los segundos, el del plan divino al cual se correspondía. Unos y otros deducían del organicismo el derecho natural de guiar a la sociedad, es decir, ocupar su centro neurálgico, la cabeza que en un tiempo había sido el rey. Así, la ideología positivista legitimó el pacto implícito entre liberales y conservadores, y la progresiva suspensión de los furibundos ataques de los primeros contra las corporaciones tradicionales, las cuales —con la iglesia y el ejército a la cabeza— se tornaron aliadas de la estabilidad política y social. Dicha ideología —a veces fue erigida como dogma público de las nuevas clases dirigentes— legitimó aún más la costumbre de gobernar prescindiendo de la política, entendida como la artificiosa división de una sociedad que Dios o la naturaleza habían concebido unida y armónica. En este sentido, dichos regímenes inauguraron una larga y robusta tradición antipolítica, con hondas repercusiones en la historia latinoamericana posterior.

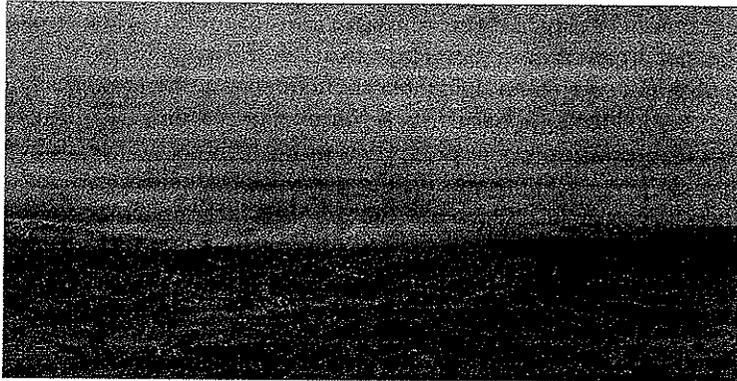
Precisamente en esto consistió la ilusión de las elites de la época, las cuales con el tiempo ajustaron cuentas con los efectos de la modernización que ellas mismas estaban promoviendo. Al transformar a fondo la sociedad y la cultura, la modernización creó el terreno para que nuevas capas sociales y nuevas ideologías se asomaran a la vida pública: contestando el orden conservador, exigiendo una distribución más equitativa de cargas y honores, o pretendiendo introducir la política donde las oligarquías la habían prohibido. Desde fines del siglo XIX, el nacimiento de nuevos partidos políticos en diversas partes de América Latina, e incluso de numerosos y combativos movimientos obreros —anarquistas

y socialistas en su mayoría, pero también católicos, desde México hasta Chile, desde la Argentina hasta Cuba-, fue síntoma de las primeras y profundas grietas que estaban abriéndose sobre la superficie estable de los regímenes liberales.



Historias de guerras y límites

Época de asentamiento de los estados-nación, de ocupación y delimitación de sus territorios y definición de las jerarquías entre los países más y menos poderosos, la que se extiende entre los siglos XIX y XX se vio sujeta a fuertes tensiones en las fronteras. En muchos puntos, los límites internacionales habían quedado indefinidos desde la Independencia: entre la Argentina y Chile, Perú y Ecuador, Colombia y Venezuela, y así en gran parte del continente, por no hablar de casi todos los límites de Brasil.



Cándido López, *Batalla de Tuyutí* (detalle). Museo Nacional de Bellas Artes. El enfrentamiento tuvo lugar el 24 de mayo de 1866, en las cercanías del lago Tuyutí, en territorio paraguayo, en el marco de la guerra entre Paraguay y los países que conformaron la Triple Alianza.

En algunos casos, tanto los problemas de límites como los precarios equilibrios entre las potencias desembocaron en cruentas guerras entre vecinos, que causaron drásticos cambios territoriales. Este fue el caso de la guerra del Paraguay, combatida de 1865 a 1870 entre los ejércitos de la Argentina, Brasil y Uruguay de un lado, y el ejército paraguayo del otro. Una guerra donde delicadas cuestiones geopolíticas y el problema del acceso a las grandes redes fluviales de la región se entrelazaron y desem-

bocaron en la trágica derrota de Paraguay, que perdió 200 000 hombres –cerca de la mitad de la población– y vastas porciones de territorio, que se repartieron entre la Argentina y Brasil.

No fueron menores las consecuencias sobre el mapa de América del Sur de la Guerra del Pacífico, que se libró entre 1879 y 1883, desencadenada por el control de los ricos yacimientos de salitre del desierto de Atacama, en la que Chile reveló su mayor fuerza militar y solidez estatal, y derrotó a los ejércitos de Perú y Bolivia, ampliando así su territorio. Los derrotados, en cambio, perdieron zonas conspicuas y, en el caso de Bolivia, incluso la salida al mar a través del océano Pacífico, que reivindica aún hoy. ▀

Juntos pero diversos: México, Brasil, Argentina

En las décadas que conducen de un siglo al otro, América Latina vivió procesos análogos, aunque en modos e intensidad tan variables como para configurar historias muy diversas. Desde entonces, las historias nacionales comenzaron a distinguirse de manera cada vez más nítida de la historia de la región en su conjunto, y se volvieron tan diferentes como múltiples eran los países nacidos de su unidad política originaria.

En México, el período estuvo dominado por Porfirio Díaz, a partir del cual se lo denomina Porfiriato. Fue un régimen longevo, que se extendió desde 1876 hasta 1910, salvo un paréntesis breve. En términos políticos, se trató de una autocracia: un régimen personalista y autoritario que impuso el orden después de largas guerras civiles. Una vez depuestas las banderas de la reforma liberal que tantas reacciones había causado, Porfirio Díaz volvió a pacificar el país para explotar a pleno las oportunidades de progreso económico ofrecidas por la rápida apertura de los mercados. Para hacerlo, suturó las relaciones con la iglesia y se ganó el apoyo de los grandes terratenientes, beneficiados por el despegue de las exportaciones y por las tierras sustraídas a las comunidades indias, contra las cuales –como contra las primeras agitaciones anarquistas en las minas– Díaz no titubeó en usar la fuerza, aunque la represión no fue el único instrumento de su gobierno, para el cual empleó en abundancia también métodos bien probados: las redes familiares y territoriales. En el campo económico, el suyo fue –como otros de la época– un régimen modernizador, capaz de atraer inversiones ingentes, hacer subir las exportaciones agrícolas y mineras, hacer crecer la economía y los ingresos fiscales, y promover la difusión de los ferrocarriles. No por azar se produjo entonces un gran boom de-

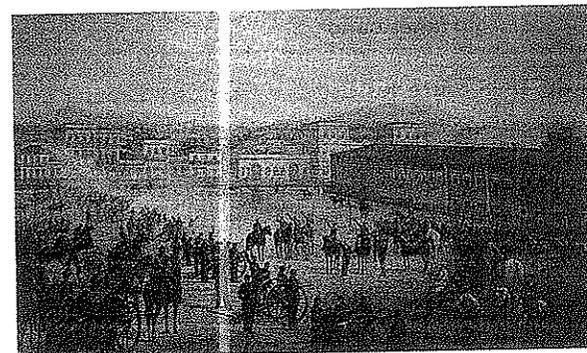
mográfico, incluso a pesar de que los bajos salarios y otros factores inhibieron la inmigración de masas. En términos ideológicos, el Porfiriato fue un típico régimen positivista, hasta el punto de que sus brillantes intelectuales eran denominados "los científicos". Con el tiempo, tantas transformaciones lo sometieron a una dura prueba, a medida que las reivindicaciones sociales y las demandas de democracia política se volvieron más intensas y acuciantes. Además, con la vejez de Díaz se impuso el problema de la sucesión: dado que la suya era una dictadura desprovista de canales representativos, la crisis asumió formas traumáticas; para hacerlo caer fue preciso una revolución.



Porfirio Díaz (a la izquierda), durante los festejos del Centenario de la independencia de México, en 1910. Fotografía de Aurelio Escobar Castellanos.

Análogo aunque diverso fue el caso del Brasil, donde Pedro II, sometido por un lado a la hostilidad de los republicanos y por el otro a la de los grandes latifundistas contrarios a su decisión de abolir la esclavitud, cayó en 1899 debido a un golpe de estado militar. También el Brasil se volvió entonces una república y los militares heredaron el rol de poder moderador que hasta entonces había encarnado el monarca. Nació así la *República Velha*, que se extendió hasta 1930. Se trató de un régimen cuya naturaleza encontró expresión política en la Constitución de 1891, que sancionó la naturaleza federal del estado y, con ella, la amplia autonomía de los estados que lo integraban. Un eje que sustentó aquel régimen fue la regular alternancia en el poder entre los dos estados más ricos, San Pablo y Minas Gerais. En este sentido, el de Brasil fue

un pacto entre oligarquías, en el cual las más débiles aceptaron la guía de las más fuertes a cambio de la libertad de acción en el ámbito local, donde las estructuras sociales cambiaron poco. La clave económica de aquel régimen que a la larga resultó estable (también impregnado de positivismo) fue el café, un bien del cual Brasil llegó a controlar gran parte del comercio mundial y sobre el cual fundó su modernización económica, a la que dieron gran impulso los capitales ingleses y los inmigrantes, que arribaron en gran número y proveyeron mano de obra abundante y un gran aporte al nacimiento de una nueva burguesía. De por sí elitista en un país todavía en gran parte rural y atrasado, con el tiempo el régimen sufrió los coletazos de la rápida modernización, algo perceptible en la incipiente agitación de los trabajadores urbanos, en la insubordinación de los jóvenes oficiales del ejército, los *tenentes*, ante ese régimen al que faltaba un baricentro nacional, pero sobre todo en el ascenso de un nuevo estado, Rio Grande do Sul, que acabó por descompaginar las reglas y hacer emerger las grietas.



Benedito Calixto, *Proclamación de la República*, óleo, 1893. Pinacoteca Municipal de San Pablo.

Entre todos, el caso de la Argentina es el más impresionante. La transformación que vivió en aquellos años tiene en verdad pocos paralelos en la historia —o acaso ninguno—. No tanto por su régimen político, que encontró expresión en el Partido Autonomista Nacional, y que fue también un pacto entre oligarquías, es decir, entre las poderosas elites de la capital y las del interior del país, a las que las primeras impusieron su propia hegemonía, poniendo fin a los añosos conflictos del pasado. Tampoco por su ideología, no menos positivista que la de otros regímenes coetáneos. La transformación se debió a la profundidad sin paran-

gón con la que la nación fue revolucionada por la inmigración y por la intensidad impar de su integración al capitalismo británico. Todo ello produjo importantes cambios sociales y económicos, que hicieron de la Argentina uno de los países más ricos del mundo, al cual todos pronosticaban un gran futuro. Dado que los inmigrantes europeos le confirieron una elevada homogeneidad étnica y cultural, ausente en otras partes, y dada la civilización mayormente urbana que nació allí, no sorprende que sus elites cultivasen cierto "destino manifiesto", es decir, un espíritu misionario y una vocación al liderazgo regional. Tampoco que los efectos de la modernidad se sintieran allí en primer lugar, y con más fuerza, por ejemplo, en el precoz nacimiento de los modernos sindicatos y partidos políticos. Por eso, cuando en 1912 la Ley Sáenz Peña introdujo el voto secreto y obligatorio, el argentino parecía haber sido el único régimen de un gran país latinoamericano a punto de pasar de la era liberal a la democrática sin excesivos traumas.

El comienzo del siglo americano

La guerra de 1898 entre los Estados Unidos y España por la isla de Cuba, tan expedita para los primeros como trágica para la segunda —a tal punto que quedó inscripta como "el desastre" en la historia española y como una pequeña y espléndida guerra en la estadounidense— representó un revés radical para las relaciones internacionales de América Latina, aunque lo fue en mucha mayor medida para América Central y el Caribe que para los grandes países de América del Sur. El Caribe se volvió entonces un lago norteamericano, cuando antes era mayormente europeo, coronando así el antiguo sueño norteamericano de ejercer allí el control y, con ello, garantizarse la seguridad de la frontera meridional.

Con aquella guerra no sólo se derrumbó lo poco que quedaba en pie del imperio español en América —a partir de entonces huérfano también de Cuba y Puerto Rico—, sino que comenzó a tambor batiente la expansión militar y económica estadounidense en la parte latina del hemisferio. Empezando por Cuba, a la cual Washington reconoció independencia al precio de reservarse el derecho de intervenir en sus asuntos internos; siguiendo con Panamá, donde, en 1903, las tropas estadounidenses ayudaron a los irredentistas locales a obtener la independencia de Colombia a cambio de la concesión del derecho de construir un canal interoceánico, inaugurado en 1914; siguiendo con numerosos

países del área donde se proyectó la influencia estadounidense, desde Nicaragua hasta la República Dominicana, desde Guatemala hasta Haití. Sea a través de las robustas inversiones de las multinacionales agrícolas y mineras, o del incremento de la propaganda cultural y las misiones protestantes, o bien por medio de las intervenciones crónicas de los *marines* para llamar al orden a los pequeños y mayormente pobres países de la región, el nuevo estadio de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina encontró en 1904 su expresión en el corolario del presidente Theodore Roosevelt a la Doctrina Monroe. Como señalamos ya, se trató de un documento en el cual reivindicó para su país el derecho de intervenir en el resto de las Américas para garantizar el orden político y difundir la prosperidad norteamericana, para mantener alejadas a las potencias europeas y completar la obra de civilización a la que los Estados Unidos se consideraban destinados. Por lo tanto, aquella fue la época en la cual la Doctrina Monroe se volvió emblema de la tutela política y militar estadounidense en el área más próxima a los propios confines meridionales, objeto predilecto de la hostilidad del embrionario nacionalismo latinoamericano, del cual fue un numen, entre otros, el padre de la independencia cubana, José Martí.



La independencia de Cuba

En 1898, mientras en Cuba ardía la guerra de independencia de España liderada por los patriotas locales —muchos de ellos exiliados en las costas norteamericanas—, el gobierno de Washington decidió la intervención militar en la isla para preservar la paz y proteger los intereses y la vida de los ciudadanos estadounidenses. El Congreso añadió a este objetivo el de favorecer la independencia de Cuba, en sintonía con el supuesto excepcionalismo de los Estados Unidos y con la vasta simpatía que la causa cubana despertaba en la opinión pública. En los hechos, lo que insinuó el Tratado de Paz con el que se cerró la guerra fue la institución de una especie de protectorado estadounidense en la isla, ejemplo y prueba del tipo de influencia que los primeros se aprestaban a estabilizar en aquella región. La fórmula que sancionó estas soluciones fue la Enmienda Platt, que tomó el nombre del senador a cargo de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Washington y que fue insertada directamente en el texto de la nueva Constitución cubana. El documento reconocía a los Estados Unidos el derecho de intervención en la isla para preservar la paz interior y la independencia, y limitaba el derecho cubano de contraer

libremente deudas y estipular alianzas estratégicas que representaran una amenaza para la seguridad del gran vecino, derecho que, en los años posteriores, los Estados Unidos no dejaron de reclamar. Entretanto, en 1895 había muerto combatiendo a las tropas españolas José Martí, el escritor y patriota cubano elevado a la dignidad de padre de la independencia. Martí, exiliado en los Estados Unidos, donde vivió escribiendo para la gran prensa en lengua española, teorizó sobre la necesidad de conciliar la revolución nacional con la democrática en Cuba. Fue un agudo crítico de los regímenes oligárquicos del continente, a los que contrapuso la necesidad de dar voz a los sectores populares, y de su ideología positivista, a la que opuso la necesidad de integrar los componentes étnicos. Liberal idealista, imaginó y defendió un proceso de construcción nacional nacido de las bases, de la sociedad civil, idealizando a veces su poder y su rol. Estos fueron los principios que trasplantó en el Partido Revolucionario Cubano, del cual fue fundador en 1892 e ideólogo; se trató de uno de los primeros partidos nacionales, que se radicaron en varios y vastos sectores sociales de la América Latina. Típica de Martí fue la precoz conciencia con la que advirtió los signos de las aspiraciones hegemónicas de los Estados Unidos, un país del cual, por lo demás, admiraba las instituciones y la cultura democrática. La amenaza que este representaba lo indujo a postular, antes que tantos otros, la lucha de los pueblos latinoamericanos por una "segunda independencia".



José Martí. ▀

5. El ocaso de la era liberal

La gran transformación que tuvo lugar en América Latina durante la época liberal plantea, a inicios del siglo XX, los clásicos problemas de los procesos de modernización. En el plano político, el crecimiento de la escolarización y la ampliación de la ciudadanía política sometieron a una dura prueba al elitismo de los regímenes liberales y se expresaron en el crecimiento de nuevos movimientos políticos decididos a combatirlos. En el plano social, volvieron más evidente la urgencia del conflicto moderno entre el capital y el trabajo, y la importancia del rol del estado para hacerle frente. En el plano económico, el extraordinario crecimiento de las décadas precedentes hizo emerger su lado oscuro: la vulnerabilidad y el desequilibrio de un modelo de desarrollo basado en el comercio exterior. Por último, en el plano ideológico, el clima comenzó a cambiar en forma rápida; el mito del progreso tendió a sustentar una vasta reacción nacionalista, que contribuyó a alimentar tanto el intervencionismo militar estadounidense en Centroamérica y el Caribe como la declinación de la civilización europea en las trincheras de la Primera Guerra Mundial.

La crisis y sus nudos

Fijarle una cronología a la crisis de la era liberal en América Latina resulta arbitrario en la medida en que eran diferentes los caminos de los distintos países, algunos de los cuales ya habían vislumbrado lo que para otros era apenas un tenue resplandor en el horizonte. Los procesos que habían causado la crisis eran de largo plazo e impregnaron la historia de la región durante varias décadas. Por ello, fijarla en los años comprendidos entre la Gran Guerra y la mañana siguiente a la caída de la Bolsa de Wall Street es ante todo una convención. Más